



PROPÓSITO DE ENMIENDA

El tiempo de la ira

MARCELO SÁNCHEZ-ORO

Qué características tienen muchas de las manifestaciones de políticos y autoridades en estos tiempos? Pues que con demasiada frecuencia, estas expresiones públicas están dominadas por la ira.

Este sentimiento parece inundarlo todo en los tiempos que vivimos, pero la cosa viene de lejos. La ira de Dios, que es magnánimo y paciente, puede llegar a acumularse, como refleja el Antiguo Testamento, hasta que llega un momento en el que alcanza tal intensidad que sobreviene un 'día de ira' (Sof 3,15). Por tanto, la ira puede ser una reacción divina y apasionada. La ira de Dios se dirige contra los enemigos, pero también puede volverse contra los propios seguidores por su infidelidad, su falta de rectitud moral o sus pecados.

En el Nuevo Testamento, la ira de Jesús se desata contra los mercaderes que habían profanado el Templo: expulsa a los comerciantes y vuelca las mesas sobre las que intercambian dinero (Juan 2,13-17). Tanto el Dios del Antiguo Testamento como Jesús utilizan la ira para defender principios considerados superiores. Pero es que además esta emoción puede, a su vez, activar a otras personas.

La socióloga franco-israelí Eva Illouz, considera la ira como una emoción muy presente en la cultura occidental contemporánea que, incluso, se ha extendido más allá de ella. Por eso sostiene que la ira tiene una dimensión sociológica y política: moviliza a los demás cuando se considera una reacción adecuada frente a la transgresión de normas y códigos éticos o jurídicos. Pero Illouz advierte: la indignación ante la injusticia y la ira no son lo mismo. La ira se sitúa en una frontera ambigua entre la dominación y la moralidad.

Cuando alguien comete un acto indebido contra nosotros, algo que no creemos merecer y que no esperábamos, surge ese sentimiento incontrolable. Por ejemplo, cuando nuestra opinión es reiteradamente ignorada; o cuando alguien se nos cuela en una cola lenta y desesperante; o cuando somos víctimas de una injusticia. En todos esos casos, pensa-



principios y conductas que consideramos éticamente correctos y moralmente adecuados. Debido a que la ira tiende a simplificar al otro, a reducirlo a la condición de culpable o adversario. Y cuando eso ocurre, el riesgo de que la justicia se transforme en castigo, o de que la corrección moral derive en crueldad, se vuelve demasiado real.

El primer libro que recuerdo haber comprado fue un compendio de textos de Gandhi, Todos los hombres son hermanos. Lo adquirí con quince años, el 4 de marzo de 1976. Aún resuena en mí una de sus afirmaciones: «Prefiero un violento a un cobarde». No entraré aquí en las múltiples derivaciones de esta frase, pronunciada por quien probablemente fue el mayor pacifista de la historia. Lo que me interesa subrayar es que la violencia, como expresión de la ira, debe ser contenida, orientada o, como en los casos de Jesús y de Gandhi, sublimada.

Efectivamente, la educación y el control de la ira son piedras angulares de lo que pedagogos y educadores entienden por una formación adecuada. Contener nuestras pulsiones, dominar la ira –incluso cuando está justificada– es esencial para la convivencia. De ello, dependen el equilibrio personal y el clima social.

Quiero añadir que convertir la ira en una emoción exclusiva del populismo de derechas es simplista y un error. Esta emoción impregna cada vez más la esfera política en su conjunto. De hecho, desde hace tiempo la ira también se ha desatado en nu-

mos: «Es mi derecho y me lo has arrebatado».

Por tanto, nuestra airada reacción es el resultado de considerar que se ha producido una distribución injusta de derechos y obligaciones. Esa es también la lógica que encontramos en la reacción del Dios del Antiguo Testamento o en la de Jesús frente a los mercaderes del Templo.

Pero ¿estamos hoy ante esa misma lógica? Yo diría que sí. Vivimos tiempos de ira desatada de algunos ante las personas de otras ideologías, ante la presencia de niñas y niños migrantes no acompañados, o ante los proyectos de cooperación internacional que ape-

lan a nuestra contribución colectiva para favorecer el desarrollo de otros pueblos. Se olvida que algo semejante se hizo antes con nosotros y que, en muchos ámbitos, todavía se sigue haciendo.

Debido a la ambivalencia de esta emoción, que se sitúa entre la dominación del otro y la ética, la ira y la crueldad puede estar asociadas, como comprobamos a menudo en los discursos (y decisiones) de Vox, o de Junts per Catalunya (Junts).

Es inquietante ver hasta qué punto la ira puede hacer olvidar la humanidad de las personas a las que pretendemos reconducir hacia los

numerosos sectores de la izquierda y del progresismo, para desazón y desconcierto de muchas personas, entre las que me encuentro.

La ira atraviesa todo el espectro político y social. Es una emoción política y movilizadora. Grupos de distinto signo articulan sus reivindicaciones en torno a ella, invocando, a uno y otro lado del espectro político, principios morales que consideran irrenunciables. Pero cuando la ira descontrolada se convierte en el principal soporte de la retórica de los agravios, nuestra democracia avanza hacia formas que se adentran en terrenos que evocan los episodios más tenebrosos de nuestra historia.

SEGURO AZAR
PILAR GALÁNLa Siberia
extremeña, un
estado de ánimo

Existen lugares que parecen estados de ánimo, lugares en los que se vive de acuerdo al ritmo natural de las estaciones y los días. Suelen estar aleja-

dos, por supuesto, aunque la distancia siempre es relativa. A lo mejor, somos nosotros los que vivimos lejos, de espaldas a una realidad que tenemos al alcance de las manos y quizá por eso no valoramos. Lo llamamos España despoblada y nos quedamos tranquilos, porque ya hemos colocado una etiqueta, pero esa España despoblada curiosamente está llena de pueblos donde la vida no sabe de clasificaciones geográficas y sí de abrirse paso y luchar contra el olvido. Parece fácil olvidarse de las zonas rurales donde la densidad de población es tan baja y la pirámide ya no sabe de nacimientos. Es fácil pensar que no

necesitan hospitales, centros de salud, colegios o bibliotecas, como si el precio a pagar por mantener vivos los pueblos y su riqueza fuera carecer de servicios. A cambio, en estos lugares se respira de otro modo, y si uno decide conocerlos, se vuelve cargado de una calma siempre necesaria. Me ha pasado este fin de semana en la Siberia extremeña, en Tamurejo, donde se celebra el festival Siberiana, un encuentro sobre literatura y naturaleza organizado por el escritor Gabi Martínez y por Rosa, la alcaldesa, al frente de una incansable corporación municipal que te acoge desde el primer día. En la plaza del pueblo, convertida en ágora, hemos

escuchado hablar de invernaderos, gallinas, de nuestra relación con el mundo que nos rodea, de cómo no podremos mirar a los ojos de nuestros hijos si no conservamos su herencia. Y hemos visto cortos, y escuchado a poetas que inauguraban el mar de la Siberia. Y hemos comprado libros, quesos y miel y compartido cenas y comidas en un jardín lleno de generosidad, con una terraza abierta a un horizonte inabarcable. También hemos visto ciervos, el cerro Masatrigo, un castillo, playas de bandera azul y un embalse donde la vista se confunde y la luz implacable crea senderos sobre el agua. Todo eso aquí, en Extremadura, en esta

comunidad tan grande que para muchos, incluidos algunos extremeños, sigue siendo desconocida. La dictadura del turismo nos lleva siempre a lugares estereotipados sin que queramos ver que si viajar es salirse de uno mismo para ser otro, en la Siberia extremeña, reserva natural de la biosfera, convertirse en alguien distinto es tan fácil como mirar al infinito, respirar hondo y acompasar la respiración al ritmo de un espacio que parece un estado de ánimo. Si lo conseguimos, nos dejaremos invadir por la calma y el sosiego, la energía y la vitalidad de un espacio donde a simple vista nada ocurre, aunque ocurra todo.